





18/19

CONVERSACIONES

JAVIER TRÍMBOLI



Una conversación es una tentativa abierta al fracaso. Es un riesgo que nos gusta asumir número a número para dar cuenta del estado de contingencia de los saberes, del poder de lo interpersonal. Y también, para tomarle el pulso, con sus altas y bajas, a los estados contemporáneos del lenguaje.

En septiembre nos encontramos con nuestro amigo Javier Trímboli, historiador, escritor y, sobre todo, incansable y brillante profesor. Nos entreveramos en una conversación sobre la época y el mundo, sobre el pasado argentino y sus imágenes, sus problemas, sus equívocos, sus narraciones encontradas, o extraviadas. Fuimos superponiendo biografías, fechas, nombres, figuras: Sarmiento, Bialek Massé, José Luis Romero, Halperín Donghi, el 89, la Tablada, el menemismo, el 2001, el kirchnerismo. Y luego, a empezar otra vez: Guerra Guasú, el Chacho, el partido Comunista, Terán, Piglia, el siglo XIX, los caudillos, el bicentenario, las clases, la escritura.

La conversación fue, en este sentido, un viaje infrecuente, sin estaciones fijas, o más bien, con algunas pocas estaciones donde distraerse para tomar envión. Es por eso que le agradecemos a Javier esa tarde de sábado en la que nos encontramos a bailar con la literatura y la historia, con la política y la vida. Ninguna reflexión sobre la enseñanza puede esquivar estos temas. Y en lo que sigue, verán, no fueron esquivados.

I. Nuestros años ochentas

El río sin orillas -En primer lugar queremos preguntarte por los primeros años de tu biografía intelectual que están ligados a tu primera formación política. Nos interesaría si podés ubicar algunas lecturas o discusiones de esos años de acercamiento a algunos textos significativos y a la militancia política que te hayan provocado un fuerte impacto o una marca profunda.

Javier Trímboli -Me parece que la militancia de los años de la primavera democrática quiso colocarse en continuidad con la de los primeros setenta, por eso en forma apretada hizo algunas de sus lecturas y vivió algunas de sus discusiones. Incluso me da la impresión de que había cierta conciencia de eso y se suponía que la dictadura había sido sólo una interrupción, que se zanjaría con facilidad. Tuvo algo de concentrado de la anterior experiencia de militancia pero con la marca de la degradación. En el PC, donde yo militaba, no había ya una figura como Héctor Agosti, ni por las tapas, a quien casi no se lo leía. Al dogmatismo clásico del PC se le sumaban la rigidez y el empobrecimiento que los años de la dictadura habían impreso también como condición de supervivencia. En ese lapso que va de Malvinas a Semana Santa, incluso hasta el triunfo de Menem, muchos hicimos el recorrido que había ido desde la vieja hacia la nueva izquierda, siempre con el peronismo como problema y atracción. No obstante, insisto, todo con menos lustre y luces. Sin Agosti, con Portantiero en otra cosa, pero también sin Cooke ni Walsh. Y con una práctica social y de militancia también disminuida. Sin el Cordobazo digamos.

Esto define lo de las lecturas que, al menos en mi caso, fueron más bien conservadoras. Hacia 1980, cuando a uno los libros empezaban a interesarle mucho, con una vida pública deprimida, las bibliotecas familiares volvieron a ocupar un lugar fundamental. Y se trataba de familias más o menos progresistas, que habían sobrevivido a la dictadura pero no desde una trinchera, sino conviviendo inevitablemente con ella, como la mayoría. El tono entonces era muy adocenado, timorato. No era con Onetti, tampoco con Arguedas, que se leía literatura latinoamericana, sino con García Márquez y Vargas Llosa, bien en el centro del boom. Si algo desentonaba y marcaba otra cosa, era la música, pienso en Virus pero en todo eso que escuchábamos y venía de afuera, pero estaba muy cifrado, casi jeroglíficos. De vuelta a los libros que es el tema: *Respiración artificial*, por ejemplo, recién lo leí en el 87, y la novela es del 80 y había tenido bastante circulación en otros ámbitos. No llegaba fácil una lectura como esa, no estaban dados los canales para que un pibe militante de la juventud comunista, con cantidad de compañeros de otras agrupaciones más despiertas, tuviera acceso a ella.

Las lecturas que acumulamos: el manual de Afanasiev, el de Otto Kusinen, toda clase de libros soviéticos, la experiencia de los países latinoamericanos desde la óptica de los PC... Me acuerdo de uno que en un momento nos resultó muy importante: *Los caminos de la unidad* que planteaba la necesidad de superar la fragmentación entre los grupos revolucionarios latinoamericanos. Además de Marta Harnecker, había un texto de Schafik Handal, no sé si de Cayetano Carpio y Tomás Borge. Eran discusiones de los setentas, con la marca

centroamericana demorada, ya no de Cuba, sino de Nicaragua y El Salvador. Por supuesto, no era mucho lo que entendíamos de esas historias. Todo más o menos así hasta que la derrota, con mayúsculas y subrayada, pasó a ser un tema. Sin vivirla de la misma forma que años atrás, por fortuna debería decir, con menos intensidad y drama. Las lecturas entonces empezaron a cambiar, no quedó más remedio, en paralelo con una militancia empantañada y con la desazón con la democracia.

-¿Ya en esa época la tomabas como trunca, o es una lectura que hacés hoy sobre eso?

- No, en ese momento, era lo que uno leía y listo, andaba contento. Hoy me lo imagino como una caída acelerada, no desde muy alto pero que chocaría con esto de la derrota. Recién descubrimos que existía un tipo que se llamaba Gramsci en el 87, y yo era un grandulón de veinte años. La cultura argentina de izquierda, que había tenido elementos tan ricos también en relación con el nacionalismo popular, nos llega con esta demora, después de mucho Lenin como única mediación válida con Marx. A Cooke, por ejemplo, recién lo leo en el 86.

Por supuesto, la trama intelectual se había roto fuertemente, cosa que desde nuestra posición ni sospechábamos. Sólo cada tanto llegaban noticias distintas, desde revistas que sin ser muy osadas acercaban otra cosa. A Piglia, antes que por *Respiración Artificial* lo conozco por la *Fierro* y lo que después fue *La Argentina en pedazos*. También en esa revista estaban las cosas de cine que eran bien interesantes pero sólo John Ford, Hitchcock y a lo sumo

Truffaut, nada más. Todo llega con retardo e interrupción. De los Lamborghini -para pensar en una literatura política y también de vanguardia- sólo me parece haber leído sus nombres en *El Porteño* o en la *Cerdos y Peces*, pero me resultaron inentendibles y ajenos hasta Menem.

-Ahora, respecto de Gramsci, quizás también se pueda pensar que esa demora en la lectura tenga que ver con que una primera apropiación de sus textos se hace desde algunos sectores intelectuales afines al alfonsinismo, ¿no?

-Totalmente de acuerdo. Porque esa nueva militancia, digamos, no se había quitado de encima la "revolución". Entonces la lectura que hacían de Gramsci los intelectuales ligados al alfonsinismo -quizás también, habría que ver, los que acompañaban a la renovación peronista desde *Unidos-*, ya no ponían el centro en la revolución. Probablemente esto funcionara como inhibición para llegar a Gramsci. Las cosas cambian cuando, aún sin descartarla, empezamos a ver que la revolución estaba muy lejos en el horizonte, que no caía de maduro de las condiciones objetivas. Pero fue muy moroso todo esto, como si se estuviera desde cero. O desde más atrás todavía.

-Ahora, siguiendo un poco lo que estás contando, no aparece en los primeros 80 -por lo menos en el marco del PC- la idea de derrota, en el sentido de la necesidad de un balance crítico.

-Sabés que no, sobre todo porque el PC no había tenido protagonismo en la década del 70, entonces tampoco lo evaluaba

como una derrota. Lo suyo era una constante que se manejaba más allá de los vaivenes de las coyunturas. Para peor, armando más lío, en el medio estaba la cuestión del gobierno cívico militar con que tanto nos castigaban. Por todo esto no revestía nada en especial ese revés. Más sabor a asunto que merece una reflexión sería fue la derrota electoral del peronismo en el 83, la constatación de que algo había cambiado en la estructura económica y social. Además la revolución nicaragüense mostraba que los caminos al socialismo no estaban cerrados, la revolución seguía siendo tangible. Lo de los sandinistas no era el camino cubano ni soviético, era otra cosa que se llevaba mejor con nuestra llamada primavera democrática, así todo quedaba en el plano de las tácticas y estrategias. Esto habilitaba a desconsiderar a la derrota, de manera que la política revolucionaria no merecía ni conceptual ni vitalmente una revisión completa. Era, en todo caso, un accidente más. En el PC, y sobre todo prende en la Fede, desde el 84 se empieza a buscar una especie de compensación, que alivie la culpa por no haber estado a la altura de las circunstancias en la coyuntura del 73 al 76. El asunto pasa por asumir, ahora sí y por fin, políticas decididamente de vanguardia. Los viajes a Nicaragua venían por este lado... Y a la vuelta, también con la cuestión de la unidad de la izquierda, nos llega el debate FAR-ERP, que leemos con mucha atención, como de relevancia presente.

-Visto a la distancia, hay algo de esa percepción que no deja de ser muy extraña, porque también esos años, el 79, 80 son

los años del desastre de la contraofensiva... Hay algo de una simultaneidad entre el desastre de la política revolucionaria en Argentina y ese entusiasmo por lo que pasa en Nicaragua, que es llamativo.

-Sí, la revolución nicaragüense tuvo algo de destiempo... A propósito de un artículo y de un trabajo que espero fructifique, estuvimos viendo con Julia Rosemberg cómo la dictadura celebró el centenario de la conquista del desierto en 1979. El acto principal fue el 11 de junio de 1979, a cien años de que Roca llegara a la confluencia del río Neuquén con el Limay. Los diarios, en particular *Clarín*, cubren esto con un entusiasmo que a veces supera al de la dictadura, lo que habla también del momento de consenso y sostén en la opinión pública. Las tapas, sin embargo, vienen compartidas: por un lado señalan que en la conmemoración "el presidente Videla llamó a la unidad nacional y a avanzar en la normalización democrática..." y, por otro, la información sobre Managua a punto de caer en manos de los guerrilleros. No sé cómo habrá sido leída esa tapa, pero no me cabe duda de que para algunos lo que se venía era Nicaragua, es decir, el triunfo de un movimiento revolucionario. En la famosa periodización de Hobsbawm del siglo XX, un montón de acontecimientos y procesos latinoamericanos caen justo, con precisión; pero la revolución sandinista no.

-Para retomar un poco este recorrido por tus "bibliotecas", ubiquémonos ya a fines de los ochenta, cuando estás en la universidad. ¿Qué lecturas de aquellos años podrías pensar ahora que dejaron

marcas importantes en vos, o que fueron relevantes para tu biografía posterior?

-Una lectura previa que de alguna manera funcionó como la polea que me llevó a la carrera de Historia, fue la *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* de Rodolfo Puiggrós que llega por los bordes del PC, cuando ya estamos pensando que el camino es conjugando de otra forma el peronismo. Fue en el año 1986. Con ese impulso, y también con el de un par de buenos profesores de la secundaria que nos habían hecho leer a Chiaramonte y a Hobsbawm, me anoto en la carrera de Historia y pienso que puedo dar libre Historia Argentina, cuestión de avanzar rápido, así le dejo más tiempo a la política. Aparece Halperin Donghi y no entiendo nada, abandono por un año. Sin dudas la lectura de Halperin en esos años fue importantísima. Deslumbraba su inteligencia y también porque te dejaba tranquilo: si lo real es este despelote que arma su escritura, ¿cómo no entender que hayamos fracasado en la militancia? Porque el clima ya era ese. A Borges lo empiezo a leer ahí, te estoy diciendo 88, 89, con los ladrillos del muro que se nos caían en la cabeza. Muy compartido con otros compañeros y alentado todo por Nacho, Ignacio Lewkowickz. Nietzsche de repente aparece por todos lados.

Todo preparaba para leer de otra manera –por empezar con mucha atención– al *Facundo*, cosa para mí central, de las mejores que me pasaron. Mi problema era que lo había leído en la secundaria, en el 85, con una muy buena profesora que no lo quería nada y le tiraba con Hernández Arregui. Me complicaba porque el PC era sarmientista. Me acuerdo que no supe qué

hacer, me abstuve finalmente, la vez que los compañeros agarraron un busto de Sarmiento y lo zarandearon de lo lindo. Pero después, en una de esas escuelas de formación de los comunistas, nos hizo discutir bastante porque ya no nos convenía que su posición favorable al desarrollo de las fuerzas productivas se llevara tan bien con la búsqueda de la supresión del gaucho. En el 90 hago la materia de David Viñas y en el 91 la de Oscar Terán, y me interesa más cómo se lee a Sarmiento en esta última. Todo un lío.

Hace poco me reencontré con un texto que nos habían dado en una materia que cursé en el 87, Antropología Sistemática. Santiago Wallace era nuestro muy buen profesor, si no me equivoco ligado al Peronismo de Base, y nos dio un texto de Villareal que está en *Los hilos sociales del poder*. Era una hipótesis dura, con bastante de Gramsci, sobre cómo la dictadura había transformado la relación existente entre las clases en la Argentina hasta el 76. Para quien no quería ni podía desentenderse por completo de las preguntas de la militancia, una lectura como ésta venía muy bien para no salir corriendo de la Facultad. Así el momento militante y el universitario no parecían tan distantes. Aunque las conclusiones fueran las de Halperin, en Pensamiento Argentino también se daba esto, porque la política hacía siempre sombra, tomada por la experiencia de los sesenta y setenta, de esa generación que era la de Terán y Altamirano. Después de todo, ellos mismos se entregaban a lecturas que les resultaban imposibles quince años antes.

-Antes de meternos en los noventa, y a propósito de una nota que vos publicaste

en *La escena contemporánea*, quisiéramos preguntarte por el 89 como año de quiebre, como umbral severo... ¿Cómo pensás hoy ese momento, con más distancia (tanto de ese año como de la nota que publicaste en 1999)? ¿No te parece que ese es también uno de los momentos donde comienza a pensarse de otro modo la "derrota"?

-Sí, claro, es un año fundamental. La desesperación era evidente, no es un efecto de lectura actual. Entre la Semana Santa del 87 y el 89 ocurre una suerte de repliegue que poco a poco va perdiendo forma política y es un desbande. Que cada uno se vaya a hacer lo que tenga ganas o lo que pueda. Cuando en el 87 un grupo grande de compañeros rompimos con el PC, se nos decía que ya estábamos operando como truchos del MTP o que nos sumaríamos de inmediato a alternativas posibilistas como las de Cafiero. Pero en verdad no nos estábamos yendo a ningún lado, nos desbandamos, cosa que lejos de calmar, alimentó la desesperación.

Por este motivo, lo que les pasó a los muchachos del MTP en La Tablada pudo habernos pasado a un montón. No por el itinerario político que era más bien inverso, ya que nosotros tuvimos un coqueteo con la cosa armada, un semestre ultraizquierdista en el 86 que no pasó a mayores. Lo de la Tablada fue la primera sorpresa insoportable del 89. De una crueldad increíble me parece el artículo de Claudia Hilb ["La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista"], porque más que entender al copamiento como la última acción de la guerrilla de los setenta, hay que enfocar que lo que ocurrió con la militan-

cia de los jóvenes durante esos años –y hasta me tienta sumar acá a la Coordinadora– estaba bajo la influencia rigurosa de la experiencia anterior. Estábamos encallados en ese espejo y no era un capricho. Por otra parte, la forma que adquirió la represión –cosa que a Hilb no le interesa– muestra que en el plano represivo la ruptura con los setenta estaba lejos de haberse producido. Incluso a todos nos sobrevolaba el fantasma de la represión física que considerábamos casi inevitable y que, en esta clave estrictamente política, sólo se hizo efectiva en los compañeros del MTP. Otra marca que vivimos como degradación, no haber tenido ese castigo...

Y después, claro, lo de Menem. Porque veníamos de interesarnos, en tanto aceptación de lo que se podía hacer en derrota, por Cafiero; al año entendemos el triunfo de Menem en la interna como un rechazo al giro a la socialdemocracia del peronismo, una lección que entonces también nos alcanzaba. El fondo de la cultura nacional, olvidado por el alfonsinismo y postergado por el "nunca más", volvía con un caudillo riojano, del que sólo se oían burlas en Buenos Aires. Y eso genera una fascinación que en mi caso no llegó a ser militancia, pero sí adhesión. Ante el derrumbe, imaginábamos que lo de Menem podía funcionar como una suerte de freno que nos reencontrara con el suelo nacional popular. Y cuando Menem nombra a su gabinete es como que ya está, quedamos también exhaustos de querer encontrar racionalidad en lo real y de acomodarnos a ella. En mi caso, además, todo esto me dispara a tomarme en serio el hecho de estudiar en la Facultad, porque incluso durante ese año la militancia –más que

todo como una pregunta cada vez más imposible acerca de cómo seguir practicándola es todavía lo que me inquieta.

-Ahora, también había algo de lo que había significado el 89 para lo que vino después, ¿no? Porque tu nota es del 99. Había algo de aquello que seguía operando...

-Sí, no sé bien. Es raro. Por un lado te diría que lo que había pasado a incomodar era ese último casillero en el repliegue que era la misma Facultad. Un lugar muy poco seguro por otra parte. A su vez, hoy es fácil no sólo verlo sino aceptarlo sin melancolía: fue tan contundente la dictadura que no nos podíamos despegar de sus efectos. Hoy es obvio esto, pero ni en el 89 ni tampoco en el 99 cuando escribí el texto era posible aceptarlo. Pasa que en el intento de desbrozar la situación para encontrar alguna eficacia en la intervención, te revolvés contra la impresión de que estás plenamente tomado por un acontecimiento anterior que te limita. Y la bruma del 89 no era muy distinta a la del 99.

Piglia dice algo que está buenísimo: se supone que los textos obedecen de manera directa a la coyuntura en la que están escritos. Pero muchas veces ocurre que, aunque escritos y publicados en tal año, están atados a un acontecimiento anterior que uno vivió y lo marcó; y lo que se escribe de ahí en adelante busca una y otra vez discutir con ese acontecimiento y sus textos. Como Borges atraído de manera constante por la coyuntura no sólo del 45, sino de toda la década previa, ¿no? Con el liberalismo que tropieza y él que incluso en un momento se tiente con pegarte un

empujón. Gran parte de sus textos posteriores siguen yendo a ese punto. Exageraba Sarmiento: "si alguna vez pienso en suicidarme -inverosímil-, ahí estará la época de Rosas dispuesta con sus enigmas para que yo me reanime en la tarea de seguir estudiándola". En una de esas los años ochenta, tal vez más el 89 que el 83, ejerzan sobre quienes los vivimos esa atracción. Pero lo dudo.

II. Por el camino de Bialet Massé

-Si vemos más en detalle la experiencia de *La escena contemporánea*, es cierto que, junto con la marca generacional que compartían, también convivían -en tensión- dos posiciones respecto de la cultura y la política: una, por simplificar, más cerca del situacionismo (que seguía atenta, por ejemplo, la novedad de los movimientos sociales), y otra más preocupada por la vigencia del "texto argentino" -como diría Horacio González. Sin embargo, tus intervenciones allí no comulgan bien con ninguno de los dos horizontes. ¿Cómo pensas la intervención de la revista en ese momento?

-Lo de *La Escena Contemporánea* tuvo un punto muy a favor en cómo hilvanó experiencias que, sin ser extrañas, por cómo estaban dadas las cosas parecían sin encuentro. Filosofía y Letras y Sociales, con sus profesores más referenciados, iban por caminos paralelos. Y se arma una revista entre gente que estaba bastante instalada en Puán, como Fabio Wasserman y yo, y otra en Sociales, como María Pía López y Guillermo Korn que, además,

tenían una fenomenal participación en *El ojo mocho*; y al mismo tiempo con Diego Sztulwark y Guillermo Levy, que eran de la militancia última de esa facultad, bien activa. Así en *La Escena...* entran en vínculo dos o tres segmentos que no tenían mucha comunicación, como efecto de una cultura cerrada sobre sus instituciones y certezas. Mi participación estuvo acotada a los dos primeros números, no mucho más, de modo que es limitado lo que puedo decir. Recuerdo bien, no obstante, las reuniones que tenemos en el 98, donde la preocupación es por la política y por el acento que, en tanto generación borrosa, le podíamos dar al asunto. Sin ninguna voluntad parricida, no iba por ahí la cosa, de hecho todos compartíamos un aprecio muy grande por Horacio González y por *El ojo mocho*. Aunque para encontrarle el flanco por donde discutirle, me parece que éramos varios los que estábamos atentos a *Punto de Vista*. En mi caso, la inquietud por la política funcionaba como una cosa de puro deseo, que no encontraba cómo dar un paso en lo real, cómo volverse una apuesta efectiva. Voluntad sin manos, imposibilitada. Pero en otros compañeros funcionaba mucho mejor, con más pensamiento e incluso sutilezas, olfateando bien lo que ya estaba y se avecinaba. Lo pienso ahora y me parece que estaba tan preso de la historia, que sólo alcanzaba a plantear el anhelo de que la política volviera tal como había estado presente; o la melancolía por su agonía.

Junto con la desorientación, en esos dos textos dispares que firmé me da la impresión de que estaba buscando por dónde iba a seguir escribiendo. A todos nos pasaba más o menos lo mismo. Yo había hecho

un par de intentos académicos, nunca muy decididos, en el seminario de historia de las ideas de Terán; también de alguna medida en lo que publicamos con Roy Hora. Y en la revista estaba intentando otra cosa. Incluso hubo un tercer texto que no llegó a salir, que creo que desapareció gracias a los lenguajes rápidamente perecederos de las computadoras. Era un cuento que incluso se discutió. Pero lo personal se agudizó, para decirlo así, y me impidió seguir. Realmente no tenía ni idea de cómo seguir escribiendo. Estaba claro que la carrera académica no me interesaba, sabía que no era lo mío. Quedaba todo lo otro, esas dos posiciones que ustedes reconocen en la revista, y a mí tampoco me salía fácil ubicarme ahí. De hecho, llegué a pensar que no volvería a escribir, ni siquiera un mail, cosa que todavía no hacía.

-¿Y por qué te dejó de interesar la carrera académica? A mediados de los 90, ¿cuál era el horizonte, la exigencia? ¿Qué te llevo a pensar: “No, por acá no voy”?

-Mirá, para mí es una cosa rara. Hoy cuando veo a mis compañeros que están en el CONICET, me quiero matar [risas]. A veces pienso que tuve un problema muy serio, sin ninguna vanagloria lo digo, nunca pude hablar inglés, no me sale, no puedo. Menos escribir: por estos días, por primera vez me piden y me interesa aportar a una revista académica que está muy bien, *Corpus*. Entonces le tuve que pedir a Jordana Blejmar, doctora en Letras, que por favor tradujera el abstract al inglés, cosa indispensable para ese tipo de publicación. Una tontería lo que digo, con chapucar algo alcanza, pero en ese momento

una alternativa muy cierta para continuar los estudios era irse afuera. Yo trabajaba con Roy Hora y además éramos, y seguimos siendo amigos. Mi primera publicación y el primer libro los hacemos juntos, en *El Cielo por Asalto*. Roy tiene condiciones notables como historiador y, al mismo tiempo que compartimos estas publicaciones, se va a Oxford donde se doctora. Por mi parte, había entrado a Pensamiento Argentino junto con Fabio [Wasserman] en septiembre del 91. Dimos el examen, Terán nos propuso sumarnos y la primera conversación que tuvimos fue en su casa. Larga y tendida, de las que no se te van de la cabeza... Por un lado, Terán –que creo hizo su doctorado tardíamente– nos decía que era imprescindible tener el doctorado a los treinta años. Pero lo decía y no estaba convencido ni él. A la vez hablamos de los setenta y sobre todo de la revolución. No sé si estoy delirando, le voy a preguntar a Fabio, pero habló de la revolución, de si iba a ser posible alguna vez. ¡Y decía que sí! En el medio quería que tuviéramos un doctorado a los treinta años, cosa que no dejaba de ver como una tontería, sin sentido. La conversación por entero era muy triste...

También me parece que tuve algo de aprensión respecto del propio saber historiográfico. De hecho, hago el seminario de tesis con Hilda Sabato y en una devolución me dice con franqueza, como es ella, “vos te preocupás demasiado por la escritura, lo tuyo es la literatura”. ¡Y era cierto que no había una pregunta por la escritura en la formación historiadora! La rareza es Halperín, aunque quizás –no lo creo– escriba mal y punto. No obstante, la Historia se escribe y a mí me interesa más la historia que la literatura. Bueno, si la dis-

ciplina historiográfica no abría siquiera la pregunta por el ejercicio en el que se sostiene, y con el inglés de por medio, no me convenció la cosa.

Después me va mal en el seminario de Terán. Presento un par de cosas y ahí te pegaban de lo lindo. Era toda una gimnasia, prepararte para que te peguen muchísimo y no sulfurarte. También estaba la posibilidad de esperar al próximo encuentro y llevar munición gruesa para lanzársela al que siguiera en la lista. De todas maneras, la más inolvidable de las palizas fue en el seminario del PEHESA, cuando presenté un texto que había publicado en *El Rodaballo* sobre José Luis Romero. Estaba su hijo, Hilda Sabato, Juan Carlos Korol (que se debe querer matar porque su apellido se escribe con K), Luciano de Privitellio, y hacían cola para pegarme. También yo ponía la cabeza, casi que provocaba y ellos no se quedaban atrás. Muy enfermito todo. Hasta que no me dio mucho más para eso. Y entre una cosa y la otra, apareció la idea de armar un libro con el Informe de Bialet Massé. De alguna forma me dije: “Bueno, no voy a hacer carrera académica, pero voy a hacer esto otro”. Una sospecha y algo concreto, realizable. No me voy a ir a ningún lado a hacer el doctorado, pero voy a meterme en esto que me interesa mucho. Fue una manera de poner un pequeño mojón en relación con la distancia que estaba tomando de la carrera académica.

-Ahora, aprovechando que traés *Mil novecientos cuatro. Por el camino de Bialet Massé*, es interesante pensar ahí un contraste entre la nota que sacás en *La escena contemporánea* –en el N°1–,

donde aparecía casi programáticamente la invocación al renacer de la gran política, y lo que describís en el libro cuando mirás el presente político: ruinas, miseria, decadencia...

-¿Pero no es posterior esa nota? ¡Ah, no! Salen casi al mismo tiempo, aunque el libro ya estaba escrito. Igual, es cierto, está el desfasaje entre lo que defino taxativamente como política y lo que veo y está expuesto en *Mil novecientos cuatro...* Algo exacerbado todo. Porque, claro, iba con lentes clásicos para encontrar la política y no la encontraba. Pero, además, cuando Bialek Massé hace su viaje es un enviado del Ministro del Interior, y entonces entra a cantidad de situaciones a través del Estado; entra y perfora. Va a donde tiene ganas de ir y examina todo lo que se anima a examinar porque va con la chapa del Estado, con Joaquín V. González y Roca cuidándole las espaldas. Yo no existía, no tenía ningún tipo de legitimidad mi posición en los lugares a los que iba, estaba más dispuesto a ser sometido que a encontrar algo interesante. Ni siquiera tenía recibo de sueldo del CONICET, tampoco era un cronista de una revista; era nada, un tipo que estaba ahí husmeando y no veía nada. Por lo tanto, esto magnifica la imagen general despotenciada. Mi añoranza, por momentos, es de la legitimidad política y estatal que por un ratito nomás, tuvo Bialek Massé.

-Esos lentes que llevás, que son los de Bialek, también tienen una deuda con Sarmiento y con Walsh, ¿no?, que son dos figuras intelectuales que aparecen en el texto. Desde ahí mirás y no encontrás

esos sujetos políticos clásicos. Pero tampoco ves otros sujetos ahí, las nuevas organizaciones sociales, movimientos de desocupados...

-No los veo ni a palos. Sin dudas Diego Sztulwark tuvo una mirada muy lúcida para entender la novedad y el significado de estos movimientos sociales, cosa que contrastaba en el ánimo de uno y de otro y, a su vez, era intransmisible. En mi caso carecía de la disposición para compartir, o al menos entender, esas experiencias como experiencias políticas. Podría reconocer en mi posición una marca decadentista que es propia, pero que también tiene mucho que ver con Terán, que la portaba hasta con estilo. En la manera de leer y de interrogarse. Y, al mismo tiempo, ubicar a Sarmiento y a Walsh en la misma línea de la gran política era expresión de ese anhelo del que hablábamos y que me obnubilaba. Sin que sea consecuencia directa, por eso en el 2001 no me interesa mucho lo que pasa, más allá de ponerme contento que no era poca cosa; y sí me interesa en el 2003, cuando aparece una voluntad política clásica desde el Gobierno nacional, con decisión de construir entre el peronismo y el jacobinismo.

-En *La izquierda en Argentina* encontramos una preocupación que ya estaba presente en *Mil novecientos cuatro...*, que tiene que ver con esta sensación de que no hay nada. Y sin embargo, en las preguntas que planteás en *La izquierda...* hay una idea de que los intelectuales –incluso con la distancia que puedas tener con algunos– algo marcan: son algo, un pequeño faro, una referencia con la cual vale la pena seguir discutiendo.

-Ese es un libro que lo pide la editorial Manantial, en parte porque había hecho el otro libro de entrevistas con Roy y además, me parece, porque en ese entonces mantenía un diálogo con Horacio González pero también con Beatriz Sarlo. Los nombres son todos colocados por la editorial. Más allá de esto, sí, tenés razón, los intelectuales como únicas referencias, pero ya no demasiado certeras, incluso como condena. Muy disparatado el libro, sobre todo por la pretensión del título que poco tiene que ver con lo que hay adentro. En cuanto a la política concreta hubo un roce que vale la pena señalar. El libro es del 98, cuando se estaba armando la Alianza. Y León Rozitchner en la entrevista puteaba de lo lindo contra De la Rúa, sacadísimo; y me aclara: "Poné todo esto, que quede". [Risas]. Yo obviamente lo pongo pero después la editorial lo bocha. La explicación que me dan va por el lado de Alianza como "esperanza" política de la hora. Rozitchner había puteado con cierta finura, brutal lo que decía, pero había calibrado bien cada palabra. Y voló todo.

-Claro, ya era muy sintomático que un libro sobre la izquierda argentina hable de la Alianza. Que en ese momento se pensara que la Alianza tenía algo que ver con la tradición de las izquierdas. En esta escena, el 2001 se incluye en la misma serie, ¿no?

-La agudeza que le falta también en las preguntas a este libro de Manantial, en buena medida obedece a la distancia que yo estaba tomando de la vida intelectual, porque no le encontraba la vuelta por ningún lado y sólo tenía ganas de quedarme en

casa. Unos compañeros de Filo me dijeron algo me vino bien a propósito de *Mil novecientos cuatro...* Que tenía una gestualidad ampulosa de libro que quiere lanzarse a la política, reinaugurar una posición, pero que en verdad es un libro de cierre.

-De hecho, el libro termina con una carta...

-Sí, con una carta a Polo, a Fabián Polosecki, que antes de sus fenomenales programas en la tele había sido uno de los dirigentes de los estudiantes secundarios de la Fede a quién más referenciábamos. Fuerzo en el libro un gesto de reinauguración cuando, en realidad, lo que queda más claro es que había terminado una experiencia. El 2001 me agarra sin temperamento político ni intelectual. Refugiado en el trabajo para el que recientemente me habían llamado -dar clases a docentes en CePA- y que me interesaba mucho también porque me sacaba de Filosofía y Letras.

III. Imágenes de un tiempo nuevo: irrupción e interferencias

-La experiencia de CePA tiene algo de bisagra, ¿no? No sólo en términos personales, sino también de la política, porque arrancás cerca de la debacle de 2001.

-En diciembre de 2000 Alejandra Birgin que había iniciado su gestión con Filmus en la Secretaría de Educación de la Ciudad me propone que me incorpore a CePA. Aunque ante todo yo era un docente de media, de eso vivía, estaba tan tomado por la Facultad y esas cosas, que no sabía ni lo

que era CePA. Lo asumo como un laburo en sintonía con lo que había aprendido del oficio docente y no como una extensión de los temas que me obsesionaban en la Facultad. Pero a mediados de ese año surge lo de hacer una actividad que convoque a algunos intelectuales a conversar con los maestros. Así que, sin estar muy convencido, me pongo las pilas con esa cátedra abierta que se llamó "Imágenes de los noventa", en el segundo cuatrimestre de 2001. Participaron Adrián Gorelik, Christian Ferrer, Beatriz Sarlo, Alejandro Kaufman, Tomás Abraham, Inés Dussel. Mientras tanto, yo seguía en una edad media en la que por lejos la lectura que más me interesaba era Jünger, sus diarios de guerra. En el medio caen las torres y aquí también se agudiza todo, y entonces esto de lo que me había querido correr, vuelve como una rara inquietud. En 2002 continuamos con este espacio de las cátedras. Por supuesto, cuando me entero de lo que anduvo diciendo y cómo se comportó Kirchner el 25 de mayo de 2003, ahí ya empieza cierto entusiasmo. Y todo resuena en los espacios de CePA, ya que en ese momento compartíamos con Gabriel [D'lorio] y Ana Abramovsky la coordinación de una cátedra abierta sobre cuestiones de la cultura argentina, no recuerdo su nombre.

Al toque la acompaño a Alejandra al Ministerio de Educación de Nación, y sucede que vuelvo de otra forma a las provincias. Nada que ver con Biale Massé pero, digamos, ya no soy un átomo esmirriado que llega y no tiene nada que ver con nada, descolocado. Desde el Ministerio se habilita que discusiones que hasta entonces eran sólo de un grupo de profesores en entredicho con la Facultad y las academi-

as, se expandan y entren en relación con lo que sucedía en un montón de lugares. De repente, experiencias que uno mismo dudaba si habían tenido algún valor, pasaban a alimentar un nuevo momento del Ministerio y la conversación con los profesores y los maestros del país. Con interferencias de todo tipo, por supuesto, pero sucedía.

-El kirchnerismo con esa irrupción extrañísima que supuso, permite ese movimiento: pasar de aquel momento de repliegue a formar parte del Estado nacional, estar viajando a provincias...

-Sí, delirante. Acá no hay *cursus honorum*, acá hay interrupciones, gente que viene y se va, que se quema. Me acuerdo que el Ministerio [de Educación] era eso. Cuando empiezo a trabajar, en julio de 2003, estaba fresquito el recuerdo de la gente de Educación que la Alianza había quemado a toda velocidad. Gente que probablemente se había preparado y estaba esperando desde hace tiempo para dar ese paso, pero que quedó pegada a ese desastre político. Y estuvo en la inteligencia de Kirchner recoger los textos que habían quedado corridos, desplazados, en franca minoría durante las décadas previas, y apoyarse en ellos para alcanzar una nueva legitimidad política. Lo poco que había sobrevivido a la debacle del 2001. Lo que siguió fue entonces en esa línea. "¿Conocés a alguien que pueda ir a Tucumán a trabajar sobre las transformaciones en el mundo del trabajo?". Y estaba sobreentendido que no tenía que ser un académico apenas interesado en reproducir su texto neutro. Hoy, cuando da toda la impresión de que el impulso del

kirchnerismo, en su incómoda relación con la sociedad, está llegando a su fin, la cuestión del Estado a varios nos vuelve a dar vueltas en la cabeza. A mí me interesó laburar desde el Ministerio de Educación o desde la Televisión Pública por lo que sumó el kirchnerismo, pero por fuera de esa excepcionalidad que se imprimió en mucho de lo que hicimos, no es algo que quiera sostener. ¿Cómo decirlo? No valoro en sí mismo la posición Estado, como si estuviera por delante y por encima del gobierno que la timonea. Por supuesto, no estoy hablando de la escuela pública, ni de la condición misma del profesor siempre ligada al Estado, eso es otra cosa. Están las necesidades laborales que te pueden llevar a pensar mejor los pasos a dar, ningún problema con esto; no obstante, en término de inversión de esfuerzos, de energía, de creatividad, nunca te vas a poner demasiado si no existe ese entusiasmo político que no es en primera instancia estatal. Te dejás caer y que te busquen en una oficina del fondo haciendo tus cositas. Ni falta hace que recordemos que el Estado puede ser terrorista o impulsor del neoliberalismo más crudo. Y por suerte no estamos en Francia donde quizás todo esto no se vea. Salió un decreto por el cual los archivos con los que cuenta el noticiero del canal 7 pasan a estar administrados por un ente estatal. Finalmente, aunque tarde mucho en cumplirse, una política de Estado para este asunto. La normalidad de nuestro Estado es sin duda en alianza estrecha con lo peor de nuestra sociedad. Por lo tanto, si esos archivos los va a manejar personal político promovido por el consenso argentino que tanto se anhela, prefiero que se queden en manos de los trabajadores del

canal, que no salgan a la luz. Afortunadamente nunca me expresé a favor del respeto por las instituciones, cosa que una vez dicha por Videla, Balbín o Dromi, no significa nada bueno.

-Volviendo a 2003-2004, cuando salías de esa experiencia de la gestión que te hacía leer de un modo muy singular lo que pasaba con la política. ¿Qué ideas circulaban respecto de lo que valía pensar y hacer con la educación? ¿Qué cosas se discutían?

-Había algo fuerte del orden de la reparación. Ofrecer una buena clase y, al mismo tiempo, tener la atención suficiente para escuchar a los docentes. Había en esa escucha no sólo don de gente, sino militancia; y eso era parte de la reparación, a contrapelo de lo que se había producido "bajando" saberes académicos que situaban a los docentes en una minoridad sin solución.

En un primer momento, lo que se discutía mucho era que el mundo ya no era ese para el que nos habían formado como profesores. Así de vago. Y no nos quedaba otra que entenderlo y aceptarlo, para actuar en él con alguna eficacia. La cuestión era el cambio de época que, además, ya no era la posmodernidad. Ir en febrero del 2004 a Corrientes y ofrecer un taller sobre nuevas configuraciones familiares. Lo que los compañeros registraban era una obviedad que, de todas formas, nos deslumbraba: en Corrientes la familia burguesa que habíamos ido a contar se había estrellado para convertirse en otra cosa, nunca había existido. Discusiones que entonces se alimentaban.

Si el derrotero político seguido me había dejado listo para abrazar al kirchnerismo y

a su reformismo, descubrir la potencia que asomaba desde el Estado redoblabla el entusiasmo. Poner en diálogo experiencias muy distintas y enriquecerlas. Daba la impresión de que esto nos aproximaba a algo impensado, tanto nosotros, profesores que por las posiciones sostenidas habíamos sido en nuestro campo casi los últimos orejones del tarro, como los maestros postergados por políticas salariales y didácticas.

-En esos primeros cuatro años, la intervención no se hacía bajo la bandera del “proyecto nacional y popular”, ¿no? Esa marca aparece después de 2008. Según lo que contás, en ese momento era la reconstrucción nacional, pero fundamentalmente, reconstruir determinados lazos.

-Sí, de acuerdo. El gobierno necesario, casi de salvación nacional, un gobierno que reconociera y reparara. Aunque se hubiera podido frenar antes, fue esa dinámica en su intensificación que llevó a poner en la superficie un abanico de conflictos, algunos de ellos muy viejos, y con la decisión de encararlos. El 2008, digamos, donde ya es otra cosa. Pero vuelvo atrás, con el tema de los 30 años del golpe, los enunciados que aparecían entre los estudiantes y docentes no eran del filón nacional-popular, sino reparatorios, de atención a las denuncias de violaciones a los derechos humanos en las provincias, que hasta entonces sólo muy tenuemente habían circulado. Y a las militancias que habían quedado casi perdidas. Nosotros tampoco le ponemos esa impronta y lo que sí va despuntando, pero

todavía de lejos, es la cuestión de clases, cómo jugaron las clases en relación con el terrorismo de Estado. Todo muy en la línea con lo que había quedado trunco en el 87, con la primavera democrática que no había sido siquiera una ilusión en las provincias.

Pero también hay otra cosa: que burócratas de los ministerios provinciales se vieran obligados a aceptar en 2006 que, ante sus estudiantes y profesores, se hablara del terrorismo de Estado, era algo excepcional. Lo pienso hoy y me parece que obedecía al temor que la coyuntura larga del 2001, que arranca antes y termina después, produjo en la clase política de la democracia. Un par de veces la agenda de trabajo que proponíamos para trabajar en una provincia, volvía en los mails, desde el ministerio anfitrión, dejando afuera la línea de trabajo sobre el terrorismo de Estado. Por supuesto, lo volvíamos a poner. O los libros que sacamos y se llenaba de obstáculos para que lleguen a las aulas. Queda jaqueada por un buen rato esa clase política, obligada a aceptar otras cosas si quería sostenerse. Halperin dice que 1989 produce un disciplinamiento de las clases populares, un llamado a la moderación en los reclamos ante el temor a la espiral hiperinflacionaria, que las dispone para el ajuste. El 2001, en el cruce entre lo político y lo económico, provoca algo similar pero en la clase política. Es esa zozobra y un poco más la que hace que sean varios los que se bajen del gobierno y lo que explica también que aparezca Kirchner. Ese temor es algo con lo que el kirchnerismo trabaja muy bien, lejos de paralizarlo lo propulsa.

-Ese pasaje del momento reparatorio a aquel marcado por el litigio político abierto, de un kirchnerismo derrotado pero que da batalla allá por 2008, coincide también con tu pasaje a la TV Pública. ¿Podés identificar algunos hitos de tu laburo ahí?

-Desde hace rato a mí me interesaba el tema de las imágenes, por la densidad y la eficacia a la hora de producir una situación de transmisión. Nos pasaba en los encuentros del Ministerio: poníamos en una pantalla una foto del Cordobazo y, por más que fuera mucho lo que nos distanciaba de los estudiantes, mucho lo que no se supiera, a partir de ahí podías empezar a trabajar y a pensar. En canal 7, el primer proyecto es *Huellas de un siglo*. Lo hacemos en el 2009 y carga casi con la certeza de que el kirchnerismo está terminando. No hay chance para remontar el asunto, ya que incluso nos veíamos socialmente repudiados. Si me permiten: una sensación muy agradable. Convencidos de que de inmediato habría un cambio de página en clave conservadora. Por lo tanto, incluso sin discutirlo demasiado, redoblamos la apuesta, con la idea de minar el territorio para cuando vengan los otros. Bastante básico. Por este lado fue lo que nos salió, con la urgencia del tiempo que se acababa: veinticinco capítulos en doce meses de laburo. Todo estuvo hecho con una economía forzada y los documentales cargan con eso, con el peligro para la posición que habíamos querido plantear. Porque desde ese presente se exagera la lectura hacia atrás. Esto de pensar el 24 de marzo del 76 y hablar de los trabajadores, nada más, desde el canal público. No hay perspectiva

general o universalista, todo quiere ser narrado desde una posición que enfrenta a los intereses dominantes en la Argentina del siglo XX.

-Una docente, a quien le recomendé -en el contexto entusiasta posterior a los festejos del Bicentenario- que vea *Huellas de un siglo*, me dijo, tiempo después: “vi un par de capítulos y la verdad es que es medio bajón, muy duras las escenas que recuperan, ¿no?”. Y eso me hizo pensar en que, ciertamente, hay un tono, o al menos, un criterio general en la selección de los hechos y momentos, algo oscuro, pesimista: son todas escenas de derrotas, castigos, o abierta liquidación de los sectores populares. El único capítulo que pinta bien, llamado “La primavera de los pueblos”, sobre el álgido año 73 termina... ¡en Ezeiza!

-Sí, no había pensado en este destiempo en relación con el clima del Bicentenario. El canal los programa a las 23:30, de lunes a viernes en un mes, como si tuviera ganas de que terminen rápido [Risas]. Hubo quienes apoyaron este trabajo y a quienes no les gustó nada. ¿Por qué? Muy clase contra clase, extremo, pesimista, también sucio por las imágenes de archivo con que trabajamos. Quizás también porque acentuamos la clave de clase para tratar al peronismo. Incluso, cuando hacemos el capítulo del 73, queremos salvar a la clase de la disputa entre la patria peronista y la socialista. Porque, en lo que postulamos, lo que se venía era contra la clase, muy lateralmente entran en la narración Montoneros y ERP. También contra el peronismo, el que quería avanzar hacia la revolu-

ción y el que se contentaba con el Estado del bienestar. La inminencia de la catástrofe. Fue como decir: éste es nuestro siglo XX, prepárate para lo peor.

-Hubo algo interesante en ese gesto, por que después de muchos años en que la nueva historiografía acentuaba procesos, largas duraciones, etc., en *Huellas...* se dice: podemos nombrar un hecho, hablar y dar vueltas a su alrededor, sin que de inmediato se disuelva en la larga duración.

-Esa fue también una decisión, incluso en relación con *Historias de un país* que había hecho canal Encuentro un par de años antes: no narrar procesos en lo que todo tiende a equilibrarse; porque, si hay procesos, hay leyes que vuelven entendible, incluso justificable lo que sucede. Tratar con acontecimientos y con las fuerzas que se enfrentan en él. Además con la decisión de nombrar, muy a propósito de lo que Adorno le critica a Benjamin: "el imperativo teológico de llamar a las cosas por su nombre". Lo que obligó a un esfuerzo importante en la búsqueda del archivo y en la edición cuando éste faltaba, que era lo más frecuente. Es cierto que se pudo ir por esta opción narrativa e historiográfica porque hay mucha pequeña investigación, académica y también militante, que se ha ido acumulando en estos años. Nos montamos a ese positivismo para retomararlo y hacer otra cosa, ese fue el intento.

-También es importante decir que *Huellas de un siglo* circuló mucho entre docentes...

-Hay algo del formato que funciona para laburar con los pibes: 24 minutos en los que

se planta un acontecimiento y se lo agarra por los pelos, sin vergüenza de decir cosas contundentes, con nervio. La hipótesis no se esconde y no hay búsqueda de neutralidad, se toma partido. Con cosas medio de folletín. Fue la sensación de retirada lo que llevó a hacer algo más enérgico y desprolijo.

-Avanzando un poco, queríamos preguntarte por el documental *Guerra Guasú*, por las cosas que te habían parecido significativas en la preparación del proyecto. Sobre todo teniendo en cuenta que, sobre esa guerra decisiva del siglo XIX, no hay un laburo de investigación proporcional a lo que uno podría entender que políticamente significó esa guerra.

-Al principio no podía quitarle el ojo a esto que decís, a cómo la nueva historiografía expulsó la cuestión de la guerra, y en particular la de Paraguay, del pasado que tiene que ser conocido. Evidentemente en esa sorpresa está la inquietud por lo que uno mismo no había llegado a ver con claridad. Hay algo muy pudoroso en esta historiografía académica y universitaria. A los que llegaron al liberalismo después de la dictadura, que gobernaron la nueva hora de la historiografía y del campo cultural, una guerra como la de Paraguay les genera no poco escozor, es difícil que se hagan tantos los zonzos, como si no recordaran de qué se están hablando.

Por otro lado, me parece bien interesante volver a pensar alrededor del mariscal Francisco Solano López que está inserto en la tradición caudillista de América Latina pero, al mismo tiempo, no duda en llevar su lucha a una instancia de todo o nada. Lo que es un problema. Sin dudas, la destrucción

de Paraguay ya estaba hecha cuando él se empeña en una resistencia que no tiene posibilidad de sostenerse. Es decir, al caer Asunción, incluso un poco después, con la caída de Piribebuy, ya no había mucho más que hacer. Llama la atención lo suyo porque en la tradición caudillista está también la capacidad del conductor para darse cuenta cuando la batalla no tiene más sentido, pegarse el palo antes de que el pueblo se desangre. Lo hace Rosas, lo hace Perón, incluso Yrigoyen, de alguna manera también Urquiza...

-Negociar...

-Negociar y aguantar el mal momento porque hay una confianza enorme en las fuerzas del propio pueblo para resurgir. Ahora, en el caso de Solano López, parece más una historia del ERP, de apretar el acelerador y no hacer nada para impedir el desastre. Eso para Paraguay fue irreparable. Me discuto un poco y pienso que la clave está también en esa coyuntura que es la posterior a Pavón. Porque en el 63 el Chacho Peñaloza quiere negociar. En sus cartas le dice a Sarmiento que con un poco de política el conflicto se soluciona. Como si le explicara que no esta pidiendo nada exagerado, muy pero muy lejos de ser un revolucionario, siquiera de tener un proyecto de país sistemáticamente opuesto al de Buenos Aires. La coyuntura es tremenda, una encerrona entre la guerra de policía del mitrismo, la ferocidad de Sarmiento devenido gobernador y el poderío del Imperio de Brasil. Todo macerado en principios del liberalismo, para que la historia de las ideas muerda el anzuelo. Probablemente, si le

puse la atención a esto es porque viene bien para situarnos en nuestra experiencia reciente. Puede haber derrotas pero hay cosas peores que eso. Hay derrotas y derrotas. Ante la ofensiva de las clases dominantes, el tema es cómo defender determinadas posiciones conquistadas e impedir que los daños sean irreparables o costosos en años y generaciones. La inquietud ante los momentos en que no funcionan los anticuerpos para que las clases populares, con sus culturas, logren colocar determinadas barreras que impidan que todo sea arrasado.

-Ahora, para seguir con esta idea de la negociación, la cuestión es: ¿había margen, de hecho, para una rendición del Paraguay en condiciones mínimamente dignas, o ya la decisión tanto de Argentina como de Brasil era aniquilarlo? Pensando también en el Chacho, en esa voluntad de hasta último momento querer negociar y tener por respuesta la barbarie absoluta. Porque, en definitiva, es la barbarie como problema. ¿Hasta qué punto una sabiduría política, en cierto momento, puede mermar la barbarie de una contraofensiva?

-Es la maldita marcha de la historia que sólo muy de vez en cuando está a nuestro favor. Evidentemente tenés razón, había poco o ningún margen para otra cosa. No obstante, me interesa plantear el problema de Paraguay y el Chacho: si la política puede detener o, mejor, morigerar un proceso –en lo más mínimo anónimo e impersonal, pero fuerte porque parece encarnar el sentido del mundo, el progreso– antes que se lleve por delante a fenómenos sociales más justos e igualitarios pero que están quedando

anacrónicos. En la guerra del Paraguay hubo un momento que dio la impresión de abrir la negociación, días antes de la batalla de Curupaití, se encuentran en Yataití Corá Mitre, el Mariscal, Venancio Flores. Pero todo termina en la nada.

Perdón por esto: otro hecho significativo fue la nominación de *Guerra Guasú* para el Martín Fierro. Tuve que ir al Colón, más por presiones horizontales que por otra cosa, y fue revelador ver a Marley presidiendo una ceremonia pedorra, que jugaba con ser una gala, palabra aún más ridícula. Sencillo: entendí que el Colón se merece a Marley, nuevas versiones del rastacuerismo argentino. Sobran las razones para que los anarquistas odiaran ese lugar.

-Me quedé con eso que tiraste al comienzo, porque también lo habíamos conversado bastante. ¿Tenés alguna intuición de por qué la nueva historiografía, digamos, la que se produce desde los ochenta para acá, le escapa a la guerra?

-En *Pasado y presente*, Vezzetti escribe esto de que la apuesta de la democracia fue la de pasar de la escena de la guerra a la escena de la ley. O sea, una sociedad que se había pensado a sí misma largamente en situación de guerra, a partir del 83 quiere fundar una nueva realidad política desde la escena de la ley. Ahora: me parece que esa apuesta política se inmiscuye en la manera que ese grupo tiene de pensar la historia y pasa a ser no sólo un anhelo político, sino una perspectiva respecto del pasado. Quieren encontrar en todos lados escenas de ley, de consenso, de ciudadanía. Como dicen, virtuosas. Y lo que desacomoda –como la guerra de

Paraguay–, no tiene cabida; tampoco las clases. Es más sencillo e indoloro escribir sobre los procesos de democratización en la provincia de Buenos Aires en la década de 1860. Los resultados nunca van a ser estrepitosos, siempre habrá algo positivo que rescatar: hay más votaciones, la gente participa más y la cosa tiende a acomodarse. Entra en una lógica de la historia de línea ascendente, progresiva, armoniosa. Entonces, a la guerra, que se la quiere sacar de la nueva construcción política, también se la eclipsa en el pasado.

La otra fuerza interpretativa que va para el mismo lado es la que empalma todo en el proceso de la formación del Estado nacional, y así una razón mayor justifica y legitima, naturaliza también. Como ocurre en *Una nación para el desierto argentino*, donde la guerra de Paraguay o el Chacho Peñaloza no alcanzan a tener ningún relieve y nada importa que miles y miles se identificaran con sus suertes.

-Ese “anhelo político” tan caro al espíritu de los 80 condiciona el modo de leer la historia, y también el modo en que se revisan los textos del período, ¿no?

-Sí, claro. Por ejemplo, el libro de Sarmiento sobre el Chacho está por fuera de la bibliografía universitaria. Sarmiento lo escribe en 1866 pero lo publica junto con la tercera edición de *Facundo*, en Estados Unidos dos años después, también con la biografía de Aldao. Dice que el del Chacho es un libro de conclusión, que cierra la propuesta de *Facundo*. La sugerencia de Sarmiento fue pasada por alto aunque sería revelador hacer este ejercicio para entender qué queda de ese liberalismo

que le interesaba a Terán – “civilización” y “barbarie” no en plena oposición–, mucho antes del Centenario. Se hizo mucha historia de las ideas en estas décadas y ni una línea se le dedica a este libro.

Otra incomodidad: Sarmiento detecta que la realidad del Chacho, que la barbarie, más que cultural es una realidad de clase. Y además –lo va a decir en el prólogo de *Conflicto y armonías...* –, que estos campesinos que siguen al Chacho también son indígenas. Que su alzamiento a decir verdad se viene arrastrando desde la llegada de los españoles, gente que ha quedado resentida desde el momento en que les quitaron las mejores tierras. En continuidad directa. Y la impresión que produce es de una escritura que tiene mucho de diario de guerra, de caza al enemigo. En una de las arengas a las tropas que están tras el Chaco dice algo así como que “el desierto es mudo, ciego y sordo. Si vos le preguntás a un campesino por dónde va el Chacho, nunca lo sabe, y si te dice algo, jamás confíes. Está mintiendo siempre”. Ya el desierto no es un vacío, ni siquiera para él, tiene una politicidad enorme y contraria a la civilización que había proyectado.

Además, en este libro entra seguido la guerra de Paraguay, porque es del 66, antes de que muriera Dominguito. Y el propio Sarmiento identifica a esta guerra con la que se había llevado contra el Chacho. Okey, lo hace para justificarse y mandarse la parte, pero lo hace y no tiene nada de descabellado. Lo dice él, no es una ocurrencia de León Pomer ni de José María Rosa. La misma guerra que se libra contra los guaraníes y la nefasta herencia que dejaron los jesuitas fue la que hicimos en La Rioja... Es un texto contundente y no se

lo revisita. A mí me pasaba, cuando daba clases en Pensamiento Argentino, que suponía que esa frase de Sarmiento, “No ahorre sangre de gaucho que es lo único que tienen de humano y va a ser útil porque va a servir de abono a la tierra” era falsa, una trampita del revisionismo. Y por supuesto que no lo es, forma parte de la correspondencia con Mitre que ojalá alguna vez se edite por completo. Alberto Palcos la sugiere en los 30 y Manuel Gálvez la incluye en su biografía del 45. Ahora, nuestra historiografía de los 80 a esta parte la ignora olímpicamente. La declara no existente. Y ojo que Halperin cita cartas todo el tiempo, les da valor para escribir historia. En este punto, me parece que la historiografía que fue importante en los 80 y los 90 tiene una marca conservadora fortísima. Positivismo conservador y por momentos muy simplón, básico. Y también es una marca de la coyuntura, tomada ampliamente por la postdictadura.

IV. Espía nuestro cuello

-Si hacemos ahora una especie de pirueta, de salto mortal, podemos pensar tu novela como una suerte de respuesta a esa historiografía, ¿no? Y para empezar a hablar de la novela, arranquemos por el título Espía vuestro cuello. Un título difícil, donde quizás algún editor podría haber querido intervenir... ¿Cómo pensaste la novela, cuál fue el planteo inicial a la hora de empezar el trabajo?

-Desde el comienzo estuvo la decisión de hacer un libro muy a mi gusto, como contrapeso del trabajo en intervenciones colectivas. Es decir, lo más importante de

estos años fue haber participado en equipos que llevaron adelante desde encuentros, materiales y libros en el Ministerio hasta las series documentales de la TV Pública o las películas de San Martín y Belgrano. En estas dinámicas, proponés una idea, un contenido, quizás también la manera de abordarlo, y después todo pasa por cantidad de instancias, por una máquina que es maravillosa por lo que logra hacer, pero al final no siempre terminás reconociendo lo que aportaste. Necesariamente hay mucha negociación, sostener acuerdos, sapos también. La escritura de este libro fue por otro lado, dejé que dialogara ante todo con mis fastidios y mis mañas, en relación con la política y la historia. Aquí entra un título como éste. Defendí mucho esta posición respecto del libro, incluso económicamente, porque lo hago junto con la editorial, vamos en partes con ellos. No sé, Federico Lorenz, que estaba al tanto del libro, en algún momento me sugirió llevarlo a Tusquets, donde él publica. Me pareció que a mí ahí me llevaban puesto, otra cosa imagino que sucede si tenés un recorrido seguro como escritor. Pero también éste es el punto, no me interesa construirme públicamente como escritor, no es lo mío. Pongo plata con tranquilidad para hacer el libro porque quiero preservarlo, incluso por sus errores y excesos. Su producción sólo entró en conversación con algunos pocos compañeros, con los más queridos y, por supuesto, con las devoluciones que me hizo la editorial Crack Up. No sé si hay alguien que viva del trabajo de escribir entre nosotros; en mi caso no tengo dudas de que nunca va a ser así, por lo tanto puedo ir por otro lado. Por otra parte, al libro lo mantuve en voz baja quizás

también porque de haberse enterado que tenía tiempo para andar escribiendo, para prestarle atención a esto otro, me hacían trabajar un poco más...

-A diferencia de lo que planteó Kaufman en la presentación, allá por diciembre, para nosotros sí el texto tiene una novedad respecto al trabajo con el lenguaje, la experimentación que se hace en la escritura, donde el juego de voces que introducís te permite ir mixturando giros coloquiales con arcaísmos o expresiones muy alambicadas. ¿Vos pensaste ese trabajo con distintas formas de lenguaje; ese juego como de ir bastardeando, delirando las cosas en la narración, lo armaste a partir de una intuición previa o se fue armando en la escritura, cuando montaste las partes de ese "monstruo"? Digo, porque me imagino que los diferentes capítulos habrán sido momentos de escritura distintos...

-Hubo algo pensado pero sobre todo se fue dando a partir de intercalar esas memorias de un pibe entre el 80 y el 83, con los documentos de trabajo, como dice el título, ligadas a una suerte de historia de las ideas degradada, burlona, puesta en riesgo. Y los bordes de una cosa y de otra se contaminan. Al mismo tiempo, a las interrupciones y a cierta rarificación me obligaba el hecho de trabajar con una primera persona. Me fui avivando que no me convenía nada proponer una primera persona llana, transparente y testimonial, una idea de la primera persona con la que no acuerdo. Entonces me interesó perturbarla, que ella misma sea una perturbación y que no sea fácil de descifrar. Les decía que

quise mantener el libro a raya, que no entrara en muchas conversaciones, pero pretendí que la primera persona fuera colectiva, montar el juego de una voz que se compone y se descompone entre varios. El libro quedó frenado en más de una oportunidad, sobre todo por el trabajo, y la famosa última hoja del cuaderno o del libro que lees en el bondi o en el avión, se llenaba de anotaciones, de cosas que escuchaba en reuniones y encuentros. Cuando volvía a tener un rato, arrancaba sumando todo eso al libro y viendo como sonaba. Quizás lo bien que la pasé escribiéndolo tuvo que ver con que desconocía esta forma de trabajo.

Conectando con la pregunta anterior, me parece que el tema de la traición aparece en el título y después implica de frente a la primera persona. O sea, no estaría tan bueno que uno le creyera del todo. Ni en el pacto de la ficción, ni en la identificación entre el autor y el narrador, más allá de que a veces estemos cansados de esa distinción. Me interesó plantar esa advertencia sobre la traición, aunque realmente no sé si funciona, todo quedó bastante hermético. Las lecturas familiares, las que te llegan de más de cerca, casi siempre arrancan diciéndote que está buena, divertida, aunque un poco rara; y después no te dicen más nada porque la abandonan, no la leen más... [Risas]

-A propósito, creo que era Piglia quien decía que el título es significativo, en tanto es la última decisión que toma el escritor, la última condición que puede poner antes de que el libro sea apropiado por las distintas lecturas que hacen los lectores.

-Está bien eso, sin dudas. En este caso me pasó que encontré el título a mitad de camino, me convenció del todo e incluso me llevó a acentuarle aún más el perfil. La frase que Hernández le escribe a Urquiza se sitúa justo en la acción previa al degüello, el cuello espiado... Sacada de contexto se borra bien quién espía a quién. Aparte, lo genial es que hay una carta posterior que Hernández le escribe a López Jordán, el cerebro del asesinato de Urquiza, donde se muestra de acuerdo con lo hecho, se lo merecía Urquiza por traidor. Me atrapó esto del tipo que primero te avisa que te tienen en observación para dártela, y que a los siete años está del lado de los que te la dieron. Bueno, yo quería encontrar ahí cierta clave posible que para volcar en mi escritura, algo que ya estaba dando vueltas en la novela.

También me interesó lo otro que aparece en el título, lo de las "memorias y documentos de trabajo", otra manera de correrlo de la novela, ya que no quería que se instalara como tal. Y no sé si funciona esto que de hecho reproduce mi incomodidad alrededor de lo que escribí.

-Bueno, contabas hace un rato algo de tu incomodidad temprana respecto de la escritura historiográfica, de cómo se cuenta la historia. ¿Te parece que en la novela hay también, siquiera de manera oblicua o desplazada, algún tipo de ajuste de cuentas con esa temprana incomodidad frente a cierta narrativa historiográfica?

-Puede ser pero no me convence del todo. Por una lado lo que me interesaba era poner en acto la transmisión de la historia, de alguna de sus piezas. O sea, que el

tribunal al que tenga que rendir cuentas el saber histórico no sea el académico, sino los docentes que van a escuchar una conferencia sobre el libro *La locura en la historia* de Ramos Mejía. Ver qué pasa ahí, clavado en esa situación y en el año 2005, con el aliento de la crisis muy cerca todavía. Quería montar esa escena que la producción académica elude. Si habla de *La locura en la historia* –no habla debería agregar– sólo lo hace entre pares, entendidos. Forcé esta otra situación, pero no demasiado porque mucho tiene que ver con la experiencia en el Ministerio, ¿no?, eso de vernos tentados a hablar de viejas obsesiones sin suelo compartido. No sé... cuando en el 2004 llevamos *Los rubios* a Villa Unión, La Rioja, o *Elephant* a La Pampa, era muy difícil que eso funcionara. Porque no había ni *Bowling for Columbine* ni *La historia oficial*. Obligado a probar por cantidad de lados, al borde del delirio confesemos, para en una de esas pescar algo que hiciera sentido y la conversación se armaba y hasta podía estar muy bien. En el libro coloco esto en otra trama, alrededor de otra acción, pero siempre el riesgo es el delirio o el titeo. Después, en los capítulos donde aparece la primera persona del pibe estudiante, la idea era poner a la historia en funcionamiento como un fondo permanente que cada tanto asalta, una educación –que es la que tuve– muy historicista y de efemérides.

La primaria con los milicos, digamos, pero también nuestras casas con las noticias que llegaban de la política y la militancia: muchos nombres y anécdotas que no se terminaba de entender, sin sentido. Como una saturación historicista que aparece a ramalazos, como acoso y a punto de agotarse.

-No tan resuelta, ¿no? Porque también uno siente, a medida que va leyendo, que ese vínculo con el pasado no se termina de resolver. Como que se va problematizando, desde el primer capítulo hasta el último. Y ahí veía, al igual que en la sentencia que se repite en el capítulo final, “La verdad nunca es negativa”, una cercanía con Benjamin...

-Sí, totalmente, no está resuelto qué hacer con el pasado, ni siquiera hay una posición que se imponga sobre las otras. A mí me encantó el libro *Ni el flaco perdón de Dios* de Gelman y La Madrid, e intenté tomar cierto tono para ese último capítulo; entre Eva y eso, en la búsqueda de una narración clásica y religiosa, simple y a la vez extrema. Con la hipótesis de que una fracción de esa banda concluye que es lo que se necesita. Me pareció valioso trabajar con la no resolución respecto de qué hacer y cómo narrar el pasado. Por eso en todos los capítulos aparecen interrupciones, alguna voz pícara que avisa sobre las consecuencias nefastas que acarrearán las posiciones extremas. Entre la tentación por alcanzar una solución final, ¡qué feo que suena!, y la disuasión, escaparle a toda costa, con posiciones que son cercanas a las que a veces durante estos años kirchneristas asumimos.

Me acuerdo de un artículo que leí en *Confines*, de Claudio Magris sobre Thomas Mann, “Un estuche para los Buddenbrock”, solamente en el año 2000 podía leer cosas como esas. Y aunque Magris valora más *Los Buddenbrock* que *La Montaña Mágica*, me quedó lo que dice sobre esta novela, a la que cuestiona por ser demasiado de ahora, con Naphta y Settembrini que se la

pasan discutiendo, como si fueran griegos. Pero, y es lo que me interesó, griegos enfermos, caricaturescos, sin resolver nada y sin síntesis, con una acción muy acotada que no se condice con la relevancia de lo que discuten.

También en lo tomado por la historia y lo perentorio, me interesó circunscribir la coyuntura desde la que se producen estas memorias y documentos que son el libro: 2004-2007, cuando el 2001 es una resaca o el moretón que se está yendo y, al mismo tiempo, todavía no se alcanza a presentir del todo la nitidez política de bloques enfrentados, lo que se viene a partir de la 125. Después del 2008, el barullo que monto en el libro tendería a ordenarse. Ahora, a mí me interesó terminar de armar y publicar este libro con este destiempo, me refiero a que es un libro ocupado por la política y la historia, pero no de la vuelta de la política tal como se la pasó a entender.

-Mirá, justo estuve relejendo el último capítulo y esto mismo lo pensaba al revés. En este último capítulo, que en términos del tono de la escritura tiene una diferencia notoria respecto de los otros, para mí se dejaba ver una especie de límite de aquello que supo interpelar el kirchnerismo. Como una especie de llamado, de invocación hacia otra cosa que pueda ir más allá de lo que estos años lograron conover. Como aparece en esa nota a pie: "Hay todavía 600.000 pibes que no laburan ni estudian". Entonces se puede pensar que hay algo de esos 600.000 pibes a los que el kirchnerismo, no tocó, o si lo hizo fue muy lateralmente. Y ahí se podía leer, en ese

narrador, una voz que interpela hacia el futuro, que mira el porvenir.

-Está bueno lo que decís, me parece, porque pone en cuestión, más allá de la marca historicista 2004-2007, cuál es el presente de este libro con tantas fechas. Por un lado, ese número de los pibes que no laburan ni estudian lo usamos bastante en un postítulo con docentes, por el año 2005 ó 2006 y después, yo al menos, lo dejé de lado. A las voces que hago discutir, sobre todo esas que van armando el último capítulo, esa clase modelo con la que reclutar nuevos militantes en las escuelas, me las imagino volviéndose kirchneristas a partir del 2008. En línea con lo que decís, la nueva coyuntura le pone una pausa a todo eso que se estaba discutiendo y que no se sabía hacia dónde iba a salir disparado. Las conversaciones y las escenas pasaron a ser otras. La duda ahora es qué se va a discutir y cómo nos vamos a posicionar cuando termine el kirchnerismo en la gestión de gobierno, incluso más si llega a terminar a secas, como el alfonsinismo digamos. Probablemente se levante la pausa y algo de esto que quedó encapsulado vuelva a escucharse.

-La sensación -quizás es algo de una lectura más personal- es que por momento las fechas se desdibujan, y el recorte 2004-2007 queda algo borrado, por momentos parece que el texto también deja leer algo de las pasiones posteriores... el 2008, por ejemplo, pero, digo, se deja ver como un rumor, o como inquietudes que surgen una vez que emergen ciertas pasiones, cierta violencia que circulaba.

-Sí, está mezclado, aunque lo más importante de la escritura haya ocurrido antes de la divisoria de aguas, sobredimensioné el freno antes del 2008 me parece. Al margen: ¿se acuerdan cómo la odiaban a Cristina ya en 2007 cuando fue la campaña? Tengo familia en Mendoza y ese invierno estuvimos por allá. Y me desayuné del odio que circulaba: mujer, peronista, joven aún, montonera... ¡era tremendo! Además no se preocupa por la seguridad, no acusa de delinquentes a todos los pibes pobres y se la pasa hinchando con los derechos humanos. Si sólo enfocamos lo estridente, hay formas de la violencia que se despliegan en la coyuntura del 2001 y otras que irrumpen con la desaparición de Julio López y que, antes de pasar a primer plano en el 2008, ya están dando vueltas cuando aparece Cristina como candidata. Algo de estas violencias me interesó que ingresara al libro. La voz cantante de las memorias, en sus palabras exageradas, en sus bravuconadas, está tomado por ellas pero desde una gran debilidad. Lleno de temor, con la decisión de no ponerle nombre a la primera persona, escondiéndose. Desde esta posición coquetea con el terrorismo. Fragilidad, debilidad subjetiva, todo muy marcado por los años ochenta postdictatoriales, tan modosos y degradados. Contención y si se abre una chance: terrorismo.

Es obvio que la vida en sociedad siempre genera bolsones de odio y violencia, nada específico de la Argentina. No obstante, entre nosotros es muy sencillo que se vuelvan pasiones políticas, que salten a esa esfera. Alfredo Ebelot, el ingeniero que tuvo a su cargo la zanja Alsina, escribe a propósito de quienes prefieren internarse en el desierto y vivir con los indios y con-

cluye que las sociedades siempre tienen esos descarríos. Lo interesante es que aquí, con más frecuencia que en sociedades más jerárquicas y conservadoras, de esos descarríos se puede dar lugar a incursiones políticas. "Invasores verticales" creo que escribe Ortega y Gasset. Quise que esto se proyectara sobre el libro. Leí en estos días el siempre bienvenido articulito de Sarlo en *La Nación*, esta vez sobre Vicky Donda. Y lo que remarca, además de sus curvas y femineidad, es que no tenga huellas de resentimiento en su cara, más o menos así lo dice, después de todo lo que le pasó como hija de desaparecidos. La contrapone, por supuesto, a Juan Cabandié que no puede salir de la encerrona de la historia que le tocó. Por primera vez lo entendí a Cabandié, decidido a votarlo mientras sea candidato aunque nunca coseche buenos resultados. Bueno, en lo que escribí entiendo que las voces que aparecen están ganadas por su encerrona, por un resentimiento. Lo que pergeñan lo hacen desde ahí. Nada más alejado de lo que a uno le puede interesar, política y vitalmente, que el elogio del que borra las huellas del resentimiento. Quise que el libro diera la impresión de que se puede hacer cualquier cosa con eso que se carga. El kirchnerismo encauzó cantidad de humillaciones en la senda de la democracia constitucional, dentro del capitalismo y a lo sumo en la búsqueda de la ampliación de los derechos. Una manera incluso noble de entender el bien público. Agradecidos tendrían que estar todos al kirchnerismo porque se produjo algo de estas características y no otras cosas, más chiquitas pero también molestas. A mí me gustaba jugar alrededor del momento en

que todavía eso no estaba del todo encarrilado. Por eso esta voz del último capítulo que está tomando carrera hacia otro lado, en el umbral, ¿no?

-Sin querer forzar una lectura se percibe en algunos pasajes de la novela el deseo de pensar el mal, la brutalidad, la saña: desde la anécdota de Bellisari golpeando a Alvarez en el baño de bar a la lectura playera de Lenin llamando a hacer un uso legítimo del terror que parece generar cierto encanto. ¿Te parece que ese es uno de los temas donde se cruzan los capítulos pares –del joven estudiante del Nacional Buenos Aires en los 80– y los impares –donde aparecen las clases y los documentos de trabajo del período 2004 y 2007? Siendo el peronismo esa “honda corriente de amor”, ¿hay una manera peronista y/o kirchnerista de pensar la maldad y el odio?

-Sí, está en todos lados este asunto, pero son cosas de baja intensidad, muy propias de lo que vino después del pico de los 70. Son tonterías si se las compara, muy a gusto nuevamente de esta debilidad de época, no queremos saber nada con la sangre de nadie. Con la incomodidad que esto produce. Jünger dice que a todos los humanos los afecta finalmente una cuota de dolor no muy distinta, el tema es cómo nos llega, a través de qué situaciones, con qué tipo de balas. Para discutir seguro, pero no me cabe duda de que nuestra época, como la llamemos, cambió un tipo de dolor por otro. La pulsión hacia los 70 y hacia la violencia que me interesó plasmar en *Espía...* se mueve por aquí. Mientras estaba escribiendo el libro tuve la tenta-

ción de proponer un proyecto colectivo, algo así como un diccionario de la guerra argentina o en la Argentina. Para que todos y todas, las generaciones venideras también, sepan a qué atenerse. Pero quedó en el camino. De todas formas, conceptualmente esto del mal o la saña en nuestra experiencia se me escapa, arriesgo entonces en el libro por el lado de las imágenes, como efecto de una época en derrumbe digamos.

En cuanto al peronismo, a mi entender incluso lo mejor de él –y que lo valore así depende del día en que me agarran– tiene que ver con la puesta en valor de la política, de la negociación con las demandas y los padecimientos populares. Hacer política allí donde al liberalismo argentino nunca le interesó hacerla. En este sentido, funciona como un muro de contención de lo más estrepitoso que puede producir la historia. Un *katechon* nacional popular, al *uso nostro*, cuando ya no hay revolución ni socialismo. Además, con una antropología que tiene tanto de pesimista como de pícaro. Eso que se le atribuye a Perón: “el hombre es bueno, si se lo vigila es mejor.”

-Una de las cosas que se ve en el texto es cómo la escuela aparece como el escenario, como el laboratorio donde se puede ver la tragedia argentina. Y en el final aparece una imagen más ambigua, con un cuerpo docente bastante virtuosa, como pensando actividades en medio como de tierra arrasada. ¿Cómo se salvaron esos docentes de estar, también, engrillados y abatidos? ¿En qué lógicas entrarían?

-Intenté plantarlos más que como docentes como tipos que están agrupados en

alguna especie de orga, con un entendimiento que excede la condición docente. Lo que los liga es que están pensando en otra cosa, inscriptos en una pequeña red que está en acción. Si sólo aparece como un efecto de la posición docente es un problema, porque no hay dudas de que en buena medida nosotros compartimos ese cuadro de desidia y abatimiento con los pibes. Aquí también intenté mezclar, llevar a las últimas consecuencias, cosas que uno conoció y fantaseó, desde finales de los 90 y en reuniones interminables. Quise al menos construir esta voz...

-Más sacada...

-Más en el tono de una militancia política que encuentra un lugar, la escuela, que por sus cruces habilita cantidad de cosas. No obstante, todo en el plano de las planificaciones, ya que queda fuera del libro, si algo de todo eso llegó a realizarse. Son borradores, apuntes, versiones previas que cargan con zonas sin definir, con objeciones. De vuelta la cuestión de la debilidad, porque esto no es *Los pasos previos* de Urondo, toda esa aventura militante y revolucionaria, representación de lo que se estaba haciendo; en *Espía...* casi todo queda en los papeles. Largas discusiones, que consumen un montón de tiempo, y donde no se resuelve nada.

Al mismo tiempo, darle a lo político un peso que nunca fuera tan sólido como para acallar el aburrimiento, la dispersión de un celular en la clase, las ganas urgentes de comer algo. Contra la forma de entender a la política y a la cultura como lo que silencia todo lo demás. También a todos esos a los que le nefrega lo que

estás diciendo. De esta forma, esos huecos impiden que el texto termine de decirse. Un libro que intente dar hoy cuenta de cierto clima, y construya una subjetividad política sin fisuras –que deja de lado el celular, el cuerpo, el hambre–, para mí no funciona, no se sostendría.

-En la línea de lo anterior, se puede encontrar un hilo conductor allí, una pre-ocupación respecto de la escuela como ámbito de formación y de transmisión de conocimientos. Todas las voces giran y emergen en ese lugar, e incluso en los momentos más altos del discurso irónico, pervive algo en esa instancia, en la instancia escolar en sentido amplio, que se mantiene como obsesión.

-Totalmente, está todo jugado en la escuela y en el aula, como si fuera el lugar de la verdad. Aun cuando se nos escape, aunque siempre se nos vaya de las manos, si en algún lado está la verdad es ahí. Sencillamente tiene que ver con mi experiencia vital y laboral que ha sido siempre la del aula, ser profesor y dar clases. El lugar donde me siento a gusto y en el pacto fluctuante que se va armando en un aula, en esos límites sin dudas me gusta moverme. En este libro yo lo fui llevando todo hacia ahí, donde los conocimientos más elaborados o con mayor crédito académico tropiezan con esas partículas de lo social, recortada también en términos de clase, que lo ponen a prueba. La verdad dispuesta a la hora de la transmisibilidad y es poco lo que queda de ella si no pasa esa prueba.

Muchas veces conversamos lo devaluado que está en la Facultad el hecho de ser profesor, dar clase, más aún si es en la escuela

la secundaria. Una vez, a mediados de 2003, Alejandra Birgin quiso conversar desde el Ministerio de Educación con Sarlo. Y fue muy cierto lo que ella planteó: en la Facultad te hacen creer que vas a ser Derrida; cuando terminás la carrera y tenés que ir a dar clases a una secundaria te querés matar. Por supuesto, no pensaba lo que a ella le tocaba en la propagación de este malentendido y de esta denigración, la docencia como cuestión de perdedores, momento insulso a la hora de producción del conocimiento. Para mí es todo lo contrario. Pensándolo incluso al interior de la Facultad, las clases de Terán tenían momentos maravillosos, en los que se permitía observaciones, comentarios, gestos que cuando pasaron al libro fueron fulminados. De una enorme generosidad era lo suyo. Evidentemente valoraba muchísimo ese momento. Y en la carrera de Historia también hay una tradición en este sentido. Ahora, vueltos investigadores, escritores, es otra cosa. Tiene algo parecido a la disociación entre la oralidad y la escritura.

V. Las formas del rumor

-Retomemos de otro modo, y en otro tono, algo que apareció antes, a propósito de la aspereza de ciertas condiciones en el ejercicio de la docencia (aspereza ya no sólo en las subjetividades sino también en la situación objetiva). Esas condiciones dan para pensar si realmente se puede ser docente de algunos lugares, si se puede ir a enseñar a algunas escuelas del Conurbano si no se tiene un compromiso fuerte algún grado de militancia. Normalmente, el que no tiene algo de compromiso militante, en esos lugares

tan poco hospitalario, no da clases, o falta o recurre a otras maneras.

-Sí, claro, hay una pregunta ahí. Me acuerdo que en el 2002, en una cátedra de CePA, llevamos al colectivo de la escuela Creciendo Juntos de Moreno, para conversar con docentes de escuelas públicas de la ciudad. Creciendo Juntos es una escuela privada, en una zona más que relegada del conurbano, con Paulo Freire muy alto desde que se fundó en los 70. Lo que se paga es mínimo o simplemente un poco de laburo. Y ellos decían: "Para nosotros la clave es elegir a los docentes. Si el docente no es militante, no queremos que trabaje con nosotros. Sólo así lo admitimos." Los maestros y profesores que participaban de la cátedra, todos muy politizados, trinaban porque no se respetaba el estatuto. Se exacerbó esa vez la tensión entre el docente como trabajador y militante gremial y el que hace de su laburo y de la transmisión –más aún en esas circunstancias– una militancia, pero sin dudas hay algo cierto ahí. La discusión fue interesantísima y lo que rondaba era el tema de los malos docentes, poco o nada generosos, que además se comportaban así en contextos donde más se necesitaba de buenas clases y políticas. Un maestro militante tiene que ser también fenómeno dando una clase; un buen maestro es también militante. Avanzaban en el diagnóstico para señalar que muchas escuelas públicas se caen porque no tienen buenos docentes, con verdadero compromiso. No se preocupan si un pibe deja de ir; un maestro militante lo busca, lo persigue, hace todo lo posible para que vuelva.

Todo esto es un recontra tema, que se liga con la discusión que deberíamos darnos

hoy sobre la militancia, mucho más allá de la caricaturización de La Cámpora como mera militancia de Estado, que es una estupidez. Le a en la web un artículo de Damián Selci [“Crítica del analista político”, revista *Planta*] y me pareció que dividía agua con demasiada nitidez. Por un lado, los blogeros que eligieron el periodismo de investigación; por el otro, los militantes que respondemos orgánicamente a la presidenta. Está buena la decisión de discutir esto, pero así aplana demasiado. Hay algo bien interesante en la activación social que rodea al kirchnerismo, que los blogeros –y él también– ayudaron a producir, y que no se entiende a sí misma en una organicidad verticalista, sino en la cultura en el sentido más amplio, en la búsqueda de libros, comida y derechos. Entre los docentes, esta activación fue muy clara en el momento primero de la reparación –antes de la asunción de Kirchner, porque venía del nudo de la crisis, y en los primeros años de su gobierno también– cuando, después de que se los había bastardeado y ninguneado, desempeñaron un papel importante.  Se acuerdan que se discutía si la escuela tenía como tarea enseñar o dar de comer? De repente, a la escuela se le planteaba una pregunta que encerraba dos tareas fundamentales. De la condición residual a asignarle este dilema que no era tal, pero que hablaba de que había mucho por hacer. Esa militancia docente que te define el carácter de una escuela pública hoy quizás ya no active tan cerca del kirchnerismo pero, en la Ciudad de Buenos Aires, lo hace en el antimacrisismo.

-En Selci siempre hay un modo algo provocador, de llevar los enunciados al extremo para abrir la discusión. Pero es

cierto que, en este caso, más allá de ir a buscar la discusión con los blogeros o los analistas políticos, termina achatando la discusión, sobre todo algo interesante que sería poder pensar qué pasa ahí con la militancia que se fue gestando en los últimos tres o cuatro años.

-Sí, y también para pensar lo nuestro,  no? En el sentido en que estuvimos y estamos ligados al kirchnerismo, que entendimos lo que hicimos como militancia, porque si laburamos en el Estado no lo hicimos a reglamento, pusimos todo lo que teníamos. Bueno,  c mo se va a llamar esta militancia, qué nombre le ponemos? No es territorial, tampoco es gremial ni de orga. Es algo valioso y a pensar, también para ver cómo va seguir después del 2015. Me refiero a esto que viene de Filo y de Sociales, de la experiencia de las revistas, que nos reúne a varios en el CePA, luego en el Ministerio; que se ramifica en la Biblioteca, en el Museo del Libro y de la Lengua o en la Televisión Pública. También la experiencia misma de esta revista, porque todas son intervenciones vecinas. Ahora,  c mo se entiende lo que se puso en movimiento durante estos años? No s  cómo se lo va a llamar...

- Y vos tenés alguna hipótesis al respecto?  Se te ocurre cómo podría ser nominado eso, bajo qué figura, o dentro de qué trama político-cultural podría ubicarse?

-Quizás por el lado del *general intellect*, ese concepto que Virno rescata de Marx, y que lo lleva de la producción a la condición misma de la vida de la multitud. Pero no me termina de cerrar porque en esa idea de la multi-

tud no hay militancia, no hay lugar para ella. Sin dudas en relación con lo contrahegemónico. Lo digo así porque no me convence nada lo de la nueva hegemonía del kirchnerismo, un anzuelo para pescarnos, como si lo nuestro hubiera obedecido sólo al impulso de remozar al capitalismo argentino. Lo que nos interesa del kirchnerismo es lo que tiene de insoportable para el capitalismo y sus formas culturales preferidas. Que no es todo por supuesto. Como el territorio dominante sigue siendo ese y por los límites mismos del momento, lo nuestro es trabajo de zapa, de contaminación, no de Estado en sentido clásico. Y no responde a ningún comité central o secretariado ejecutivo. Se mueve más aquí o más allá, hace un trabajo que es más eficaz si no baja línea. La producción de un gas. Capusotto, Zamba o el programa de Piglia, para mencionar las cosas más arriesgadas e indisciplinadas, son ese gas que no es necesariamente kirchnerista, que no necesitan carnet, pero que permiten expandir ese despliegue contrahegemónico, desafían. Lo mismo esta revista. Un rumor que alcanzó para hacer a este país más vivible.

- Dijiste hace un rato, respecto de *Mil novecientos cuatro...*, “Yo me di cuenta, en ese momento, que era el modo en el que yo podía escribir”. Que no iba por el lado de la escritura académica, iba por ese lugar, un lugar que no tiene un género muy claro: está el ensayo, el género epistolar. Ahora, respecto de la novela, que vos mismo decís: “No sé si llamarla novela”, también tiene una inscripción singular, difícil de situar. ¿No hay algo de aquel gesto que vuelve de otro modo, digamos? En el sentido de “Vuelvo a rea-

firmar que mi experimentación con la escritura viene desde este lugar”. Diferente, obviamente, pero se reafirma. “Che, no voy a escribir un libro de Historia. Voy a escribir un texto donde el hecho histórico esté en acto y no lo voy a matar con una saturación de conceptos y conocimientos”. ¿Crees que hay algo de eso? Y si lo hay, ¿es algo que efectivamente hiciste consciente o se impuso?

-Está bárbaro lo que decís porque al menos a mí me costó una bocha darme cuenta de lo que podía hacer y de lo que estaba fuera de mi alcance. Cuando Roy Hora me cuenta que está escribiendo una historia social del turf o Gabriel Di Meglio me hace leer un capítulo de su biografía sobre Dorrego, me agarran unas ganas bárbaras de escribir como ellos, libros de historia puros y sólidos. Pero evidentemente no lo puedo hacer, carezco de la disciplina, del amor a la grisura del archivo, a esta altura también de las condiciones materiales. A lo sumo logro hacer eso que está en el capítulo dos de *Espía...*, lo de los jóvenes investigadores y la batalla de La Verde, de 1874, que pretende ser una investigación en curso, que le da la derecha siempre a las fuentes.

Me acordé de lo que me dijeron los editores de Manantial, cuando estaba haciendo el libro de entrevistas y quisieron ver de qué iba *Mil novecientos cuatro*. Me dijeron que ahí tenía tres potenciales libros, uno sobre Biale Massé, otro de crónicas actuales y uno último ensayístico. Bueno, esta forma de desbrozar y poner orden es lo que no me sale y puedo decir también ahora no me interesa a la hora de escribir un libro. Por lo general, a la historiografía no le importa

en lo más mínimo las cuestiones de forma, ganados por la creencia de que hay transparencia entre el acontecimiento y la escritura, una fácil entrega. Halperin Donghi es la gran excepción, con una escritura imposible, que rarifica la lisura de la historia, quizás sin siquiera pensarlo; se lo entronizó como a un genio que le estaba permitido violar todas las reglas y a su sombra no quedó otra que producir con estricta atención a ellas.

Por otra parte, pasé a tener este otro lugar de la intervención pública –esa palabra que nada nos gusta, divulgación–, colaborando en películas como *Belgrano, San Martín*, que son también de una lisura enorme. Las entiendo políticamente, con el sacrificio que conllevan, y está bárbaro que sean así. Ahora, hay algo de salud o de cuidado de uno respecto a lo que produce, que si está solamente jugado a esas cosas, no sólo te deja insatisfecho sino que te agota rápido.

-Siguiendo esto que decís, se desprende que vos no tenés la pretensión de discutir cómo se escribe la Historia. No pretendés disputar cómo es esa poética del saber. Y me resulta interesante, porque si no tenés esa pretensión, el libro no está escrito para ser leído por historiadores. Tu lector no sería alguien que viene de la Historia.

-Es así, no tengo esa pretensión aunque en un momento sí la tuve. Me refiero sobre todo al "Manifiesto de Octubre", donde la búsqueda se postulaba tan alta que sólo tenía resolución satisfactoria si se daba vuelta a la producción académica como si fuera una media. Hoy, además, me parece que es injusta la impugnación general,

porque hay cantidad de investigaciones que sin necesidad de moverse en arenas intelectuales, sin reflexiones sobre la forma y la política, están muy bien, son de una utilidad indudable. En cuanto a los lectores, no sé muy bien qué decir, aunque seguro que no es un libro hecho para conversar al interior del mundo de los historiadores. Creo que básicamente, son esas cosas que uno escribe y uno dice "Bueno, que quede y después se ve qué pasa".

-Igual ahí hay una clave, en cierto modo, epistémica, en el sentido de que no es solamente "escribo y después veo que pasa". Creo que el libro tiene varias escenas muy bien logradas, con un modo particular de composición, donde la narración logra armar ideas-imágenes muy potentes. La escena al final del capítulo uno, cuando el pibe es trompeado y, mientras cae, aparece el tachero gritándole al otro "¡Hacelo mierda!". Esa escena, narrando esa violencia que no se entiende de dónde proviene, y en la misma frase, contándole al lector que lo que decía el pizarrón, aquellas palabras que durante sesenta páginas uno no sabe bien qué dicen, decían "Perón y Evita, la patria socialista"; esa forma de condensación, para mí, tiene algo de exploración, de ensayo sobre cómo tratar, cómo mostrar los nudos de una época.

-A mi entender la exploración tuvo que ver con montar materiales que vienen de distintos órdenes, con la intención de que así dispuestos produzcan otra cosa. Con la sospecha de que a la verdad de una experiencia y de una época sólo nos podemos aproximar a través del montaje, no de una formulación literal. Esa apuesta me resulta fascinante. Y

es algo a lo que los historiadores positivistas –no en el cruce de positivismo y magia, o sea, montando correspondencias como Benjamin– le rehúyen, porque entienden que es innecesario. Y eso es lo que produce, precisamente, la saturación, el cansancio ante lo que uno lee y que por momento se parece sólo a la información. Y finalmente, el olvido. Lo digo así pero no me alcanza ni por las tapas para postular un programa alternativo para el saber histórico. En todo caso, cuando se quiere transmitir de manera genuina, llegando hasta franjas sociales que son las de muchos pibes que van a las escuelas públicas, se vuelve irresistible ir por el camino del último capítulo, digamos, con simplificaciones, anacronismos que ya se acercan al mito, sin todas las interrupciones ni las dudas a las que someto a ese boceto de clase por supuesto. O la película *Belgrano*, donde lo que más se respira es patetismo, usando ese calificativo que tanto le gustaba a Borges. Ahora, la película gana la atención y no deja indiferentes a un montón de pibes. Y te cuenta algo sobre la revolución. En mayo de 2010 me invitaron de La Pampa, para que hablara ante cantidad de pibes a teatro lleno en General Acha y en Pico. Me costó horrores y así y todo estoy seguro de que me siguieron pocos y se olvidaron de todo. En ese sentido, hay algo de una menor sofisticación que es muy valioso y necesario. Por lo tanto, mientras sea posible no jugaría todo a producciones que además requieren un montón de tiempo, por el trabajo con los materiales, por la escritura.

NI REVOLUCIÓN NI DOCTORADO

POR Raimundo Fernández Mouján

Únicamente quien supiera contemplar su propio pasado como un producto de la coacción y la necesidad, sería capaz de sacarle para sí el mayor provecho en cualquier situación presente. Puesto que lo que uno ha vivido es, en el mejor de los casos, comparable a una bella estatua que hubiera perdido todos sus miembros al ser transportada y ya sólo ofreciera ahora el valioso bloque en el que uno mismo habrá de cincelar la imagen de su propio futuro.

Walter Benjamin

Lecturas esquemáticas, *revivals* de discusiones que ya estaban saldadas “de mil maneras” e ilusiones en el fondo truncas. Trímboli compara las condiciones de su formación con las de los sesentas y setentas y dice que las que le tocaron estaban “degradadas” (¡hasta llega a llamarlas degradadas por el hecho de no haber sufrido la violencia física!). Ahí identifica el origen de una suerte de debilidad subjetiva que caracteriza su estilo. Pero es tan evidente que hasta él mismo parece tener claro que lo que por momentos llama su debilidad es en realidad su fortaleza. Esa sinceridad que le permite subrayar sus propios patetismos, reconocer sus exageraciones y cortarlas con una reacción al mismo tiempo sensata y pueril, escapar de las idealizaciones, y sobre todo evitar colorear su pasado con exageración y lirismo, sin que por otro lado esa revisión haga tambalear su ego. Por momentos reconoce ahí una actitud decadentista, sin percibir todo lo que tiene de vivificante y purificador.

Reviso algunos textos de Trímboli que había leído o que voy encontrando y lo que veo es intermitencia, idas y vueltas, vehemencias cortadas por voces más sensatas y terrenales, análisis que se cuidan de la injusticia, es decir, veo un estilo siempre en busca de la expresión más cercana, más equilibrada, menos instrumentalizada en favor del autor, de un contenido de verdad, y no el intento

de defender una posición. Y eso es bastante más que lo que podemos decir de la posición y el estilo que las generaciones intelectuales de los sesentas y setentas, algunos más algunos menos, vistieron en representación suya. Las condiciones de formación de Trímboli podrán haber sido "degradadas" en algún sentido, pero todo esto nos hace pensar que no fueron en realidad tanto mejores las condiciones en los sesentas y setentas, y que estaban disponibles, más allá de las lecturas que no circulaban, una más sincera inteligencia, capaz de relativizar con el tiempo sus identificaciones, y un valor más universal en las condiciones de la democracia.

Lo cierto es que no sólo en términos estilísticos e intelectuales se nota esa diferencia, sino sobre todo en la relación que logra entablar Trímboli con los que somos más jóvenes. Quiero decir: aunque existan excepciones, las relaciones que podemos tener con los intelectuales formados en los sesentas y setentas están atravesadas por una distancia que hace que los vínculos se estanquen en cordialidad y formalidad. Una cordialidad de la que uno en el fondo puede prescindir y finalmente prescinde, sin sentir que su formación o sus oportunidades vayan a sufrir demasiado. Quizás es que ellos insisten en situarse en una posición de autoridad fundada en lo supuestamente irreplicable de su experiencia, y en la supuesta permanencia de sus temas juveniles, y que nosotros no podemos, por nuestra propia experiencia y nuestra propia formación, o por desconocimiento quizás, satisfacer tales expectativas. O quizás también porque de hecho luego de su derrota lograron, admirablemente, una hegemonía cultural e intelectual y ahora manifiestan un gran celo territorial en ese ámbito, y nosotros lo pisamos con demasiada timidez. Lo cierto es que ellos no muestran en general una gran curiosidad por nosotros, y a nosotros nos cuesta confiar en posiciones que borran detrás de sí las huellas de las incertidumbres e ingenuidades, y nos cuesta ver la actualidad de sus temas. Por otro lado Trímboli –y creo que también algunas otras personas de su generación– no se para en una posición de autoridad, sino en la de docente y amigo. Y sobre todo en la de curioso. Aprecia la conversación y el intercambio, lee ávidamente, escucha atentamente lo que decimos (¡responde los mails!), y no para recomendar luego hacer un doctorado antes de los 30, como le proponía Terán mientras se lamentaban por la imposibilidad de la revolución, sino para alentar la continuación de un proyecto personal o simplemente para participar del modo más fecundo posible en un intercambio intelectual.

El hecho, en suma, de que no tenga una identificación tan celosamente permanente e idealizada con su pasado, el hecho de que lo vea con tanta sinceridad, sin colorearlo con mentira y lirismo en el recuerdo, el hecho de que no borre detrás de sí las huellas de la incertidumbre, y que, por el contrario, las exponga. Ese hecho, esa libertad de movimiento en su pasado, manifiesta más que una debilidad subjetiva, una inteligencia perceptiva y capaz de mantenerse

ágil y fresca en relación con ideas y generaciones diferentes. Manifiesta dos de los pilares fundamentales de la inteligencia: la facultad de la atención y la capacidad de percibirse a sí mismo sin miedo.

Trímboli comenta en determinado momento de la entrevista una concepción de Piglia, según la cual un autor, escribiendo sobre cuestiones distintas, o refiriéndose a coyunturas diferentes, habla en realidad de lo mismo, de un solo acontecimiento del pasado que lo marcó. Pero podemos comparar esa concepción con otra, más cercana al epígrafe de este comentario, que dice que nuestra experiencia pasada, nuestras condiciones de formación y las cosas que nos pasaron y que hicimos, forman rasgos de carácter y tendencias, sobre la base de los cuales puede luego destacarse nuestra gracia, a partir de los cuales podemos identificar nuestra personalidad y desplegarla así con mayor desenvoltura. Manteniendo en lo posible la inteligencia en un lugar un poco más retirado, más atento y elástico, capaz de relativizar sus identificaciones y relacionarse con nuevos temas. Sería una forma menos ligada al trauma de pensar la determinación que sobre nosotros y nuestros semejantes ejerce la experiencia pasada. Mientras Trímboli parece adscribir a la concepción de Piglia, tengo la impresión que en los hechos parece más bien confirmar la otra interpretación.

Para terminar este comentario, que generosamente me permiten los amigos y docentes de **El río sin orillas**, me gustaría mostrar cómo esa misma sinceridad que Trímboli manifiesta con respecto a su propio pasado, y ese mismo equilibrio y discreción en busca del contenido de verdad y no de la mistificación, se ven también en su visión de la historia. Por un lado me refiero a su crítica al temor de la historiografía de los ochentas por las escenas de guerra en la historia argentina. Es decir, su crítica a la idea de seleccionar lo que forma parte y lo que no de nuestra historia, a decir cuándo una parte de la historia fue nuestra y cuándo no. La verdad no nos ofende, sino que nos permite ser más sinceros con nosotros mismos, y la historia no puede ser hasta tal punto programática. Por otro lado me refiero a su forma de retratar a las personas del pasado, a las que no insulta injustamente, pero a las que no colorea de héroes. De las que ve el valor, pero también las sombras demasiado terrenas, más trágicas o más cómicas, que sus actos proyectaron. En fin, su fidelidad a la idea de que la subjetividad nunca fue una cuestión de pureza, que los sujetos del pasado contaron, inevitablemente, con la misma cuota de improvisación y de decisiones medio ciegas, con la misma cuota de indecisión con respecto a los ideales que supuestamente representaron, con la misma distancia personal con respecto a las determinaciones generales, epocales, que supuestamente tan claramente plasmaron. *Tal como nunca nada relampaguea muy claramente en un instante de peligro*, hubiera escrito un mejor Benjamin, o por lo menos uno más claro. Trímboli escribe: "¿Qué queda hoy de la Revolución [de Mayo]? En primera instancia, estas vidas accidentadas que nos recuerdan que nada entre los hom-

bres, incluso entre los que hacen revoluciones, es llano ni monocorde, nada está hecho a la medida de los que gustan identificarse con los buenos, que siempre han sido buenos en la historia. A su vez, y para el disgusto de algunos otros, vale recalcar que seguimos filiados tanto al primero como al segundo ciclo revolucionario. (...) Lejos del idealismo y la tentación de lo sublime, podemos ser justos como pocas veces con el pasado y sus rugosidades, que son nuestras. (...) Quizá sea inevitable vestir alguno de los trajes que nos ofrece la historia, para inflar de sentido el papel que nos toca actuar en el presente. De todos modos, llevar los de la Revolución y, más aún, los de la guerra, no parece por lo menos responsable. Si responsable suena mal, digamos que tampoco parece inteligente.”